
Los Exorcizadores

Antonio de Trueba

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 5150

Título: Los Exorcizadores

Autor: Antonio de Trueba

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 26 de octubre de 2020

Fecha de modificación: 26 de octubre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

Allá por los años de 1850 a 1853, los jóvenes de la colonia literaria y artística, que llamábamos del Pensamiento, éramos todos tan pobres de dinero y renombre, que con dificultad pagábamos a nuestras respectivas patronas el hospedaje de seis o siete reales diarios, y con más dificultad aún se recordaban nuestros nombres en los círculos literarios y artísticos; pero, andando el tiempo, todos los de la colonia, excepto yo, fueron alcanzando puestos muy elevados y honrosos en la literatura, en las bellas artes, en la política y en la administración del Estado; de modo que unos han sido ministros, otros son o han sido altos empleados, los más han adquirido un nombre ilustre como escritores o artistas, y los que menos son académicos, que es tanto como reventar de gloria y desmayar de hambre. Sólo yo, por mi encogimiento, me encuentro al cabo de treinta años de trabajos literarios teniendo que ganar hoy los garbanzos de mañana; y digo por mi encogimiento y no por falta de talento, porque sabido es que la falta de talento no es inconveniente para ser rico ni ministro ni académico.

Si éramos pobres de dinero, de fama y de influencia, aún lo era mucho más Gumersindo, un pobre chico de algunos años menos que nosotros, que vivía y estudiaba y esperaba, si no al calor de nuestra liberalidad, a lo menos al calor de nuestro cariño.

Gumersindo era de Murcia. Pertenece a una familia muy honrada, pero tan pobre de bienes de fortuna, que no hubiera podido enviarle a seguir una carrera literaria o científica en Madrid, a no concederle la Diputación de aquella provincia (que se ha distinguido siempre por su protección a la juventud apta para el estudio y cultivo de las letras y las artes) una pensoncilla de tres o cuatro mil reales anuos.

Gumersindo estudió durante el primer curso con mucho aprovechamiento, y era chico que nos enamoraba por lo dichoso que se creía con sus esperanzas de terminar una carrera honrosa, ser el sostén de su familia y alcanzar la estimación pública con sus conocimientos y su honradez.

Todos nosotros, en medio de la locuacidad y alegría que caracterizan a la juventud, teníamos con frecuencia días de ensimismamiento y tristeza, y más que ninguno los tenía Luis, uno de los concolonos que más influencia ejercían en nosotros por su talento y sus legítimas esperanzas de gloria; pero Gumersindo era una excepción de esta regla, o al menos se esforzaba por que a nosotros nos lo pareciese: siempre estaba alegre y contento con su suerte.

Era tan modesto y desconfiaba tanto de su ingenio y gracia, que, por más que todos nosotros éramos siempre benévulos con él, nunca se atrevía a contar un cuento o una anécdota de aquéllas con que todos los demás amenizábamos nuestras reuniones. Por eso, más que por su novedad y agudeza, se nos había quedado a todos en la memoria el único cuentecillo que Gumersindo se había atrevido a contar un día que discutíamos el grave tema de «por qué la gente huye de los teatros y de las librerías».

El cuentecillo que nos refirió Gumersindo fue éste:

—«Una pobre mujer tenía el diablo en el cuerpo, en el que se le había entrado, no se sabía si por la boca o por dónde se les entra el diablo a las señoras mujeres.

Muchos exorcistas habían sudado tinta para echársele fuera, pero no lo habían conseguido, y en vista de esto y a costa de grandes empeños y promesas de limosnas al convento, la familia hizo venir, para que exorcizase a la endemoniada, a un fraile de muchas campanillas que tenía fama universal de exorcizador, a quien el diablo no podía resistir.

El fraile, que llegó acompañado de un lego, empezó los conjuros intimando al diablo que saliera por bien del cuerpo de la poseída, porque si no, le haría salir por mal.

El diablo soltó una insolente carcajada al oír esta intimación, y contestó al exorcista:

—No se moleste vuestra paternidad en querer sacarme por medio de conjuros del cuerpo de esta mujer, porque soy un diablo ilustrado, aunque me esté mal el decirlo, y lejos de echar a correr oyendo conjuros de sabor oratorio y literario tan clásico como son los de vuestra paternidad, me he de estar aquí escuchándolos embobado.

En efecto, por más que el fraile agotaba su elocuencia, el diablo no salía.

Dolida la familia de la endemoniada de la fatiga del exorcista, que estaba ya ronco de perorar y sudoroso de gesticular y bracear, le invitó a que suspendiese la tarea y fuese a descansar un poco y tomar un pisco.

Al lego se le alegraron los ojos al oír lo del pisco, porque creyó que rezaría también con él.

Aceptó el exorcista la invitación, y dijo al lego al retirarse:

—Hermano, quédese con la poseída por si el diablo quisiere en mi ausencia pasar con ella a mayores, que yo pronto vuelvo a terminar mi tarea.

—Padre —dijeron a su vez los de la casa—, mejor fuera que el hermano lego viniese también a tomar alguna cosilla.

—No, que es mozo y ayuna, y sólo a los ancianos nos es lícito quebrantar el ayuno. Hermano —añadió el reverendo dirigiéndose al lego—, no se meta a exorcizar y eche a perder con sus estulteces lo que yo he adelantado.

A corto rato el diablo trajo a las narices del lego una deliciosa tufarada de jamón frito y otras porquerías por el estilo, que hizo caer al lego en irresistible tentación de rebelarse contra su superior, que le privaba de saborear lo que tan ricamente olía.

Y el espíritu de la desobediencia se apoderó de lo que tenía más a mano el lego, que era el libro de los exorcismos.

El lego leía tan mal, que sólo leía deletreando, y sólo deletreaba estropeando horriblemente las palabras y los conceptos.

El diablo se retorció y se daba a todos los demonios en el cuerpo de la poseída escuchando los exorcismos del lego.

—¡Calla, calla, condenado a muerte, y no me martirices con tus barbaridades! —gritaba el diablo, hecho una furia del infierno.

Pero el lego continuaba barbarizando.

Y al fin el diablo dio un espantoso bramido y salió del cuerpo de la poseída, gritando:

—¡Me voy por no oírte!»

Esto contó Gumersindo un día que tratábamos de averiguar por qué se iba la gente del teatro y de las librerías.

Pero el pobre Gumersindo no tardó en no estar para cuentos, porque una tarde fue a vernos tan triste que se le saltaban las lágrimas.

Era que la nueva Diputación provincial le había suspendido la pensioncilla que le había concedido la anterior, por no haberse llenado en la concesión todos los requisitos legales.

II

Gumersindo continuaba en Madrid, estudiando con gran aprovechamiento, y probablemente ayunando muchos días. Se guardaba muy bien de decírnoslo; pero nosotros, que lo adivinábamos, solíamos obligarle a participar de nuestra pobreza.

¡Con qué humildad, con qué agradecimiento, con qué amor nos pagaba lo poco que podíamos hacer para que no desmayase en la vía dolorosa que iba recorriendo!

Y en medio de sus tristezas y privaciones, ¡qué dichoso se creía viendo que todos nosotros le considerábamos, no como inferior y protegido, sino como igual y compañero! Y cuando nos reuníamos para leer o discutir un trabajo literario o para regocijarnos en el campo con una pobre meriendilla, siempre contábamos con él, y lejos de tratarle como si fuera el último, le tratábamos como si fuera el primero.

Ninguno de nosotros había mejorado considerablemente en dinero, pero casi todos habíamos mejorado en honra literaria o artística. Ya había algunos a quienes se había representado una comedia, o se había aplaudido la música de una zarzuela, o se había publicado un libro, o se había dado un puñado de duros por un cuadro, y los demás se iban haciendo conocidos y aun amigos del público con trabajos menos importantes.

No era Gumersindo el único agregado a la colonia del Pensamiento. Era lo también un joven, un niño de diez y seis años, que hay honra con sus trabajos literarios y sus virtudes domésticas a la patria y a la familia.

Juanito (que así le llamábamos) era de muy buena índole, y mostraba ya felices disposiciones para el cultivo de las letras, al que tenía gran afición; pero tenía el defecto de hombrear antes de tiempo, como que ya soltaba de vez en cuando sus artículos de crítica literaria.

Casi todos los jóvenes que se dedican a escribir para el público, empiezan

precisamente por donde debieran concluir: empiezan por meterse a críticos, oficio que requiere experiencia, conocimientos, gusto literario y artístico, fijeza de opiniones y autoridad, que no puede tener un jovenzuelo, por grandes que sean su talento e instrucción.

Así se cuenta que Bretón de los Herreros, pocos días después de estrenarse una de sus mejores comedias, y cuando ya había conquistado el título de Terencio español, estaba muy triste, y notándolo un amigo suyo, le reconvino, preguntándole la causa.

¡Ah, señor don Fulano! —contestó el ilustre poeta—. ¿Cómo quiere usted que no me entristezca, viendo que hasta su chico de usted se cree con derecho a aconsejarme?

—¿Qué es lo que dice usted, señor don Manuel?

—Lo que usted oye.

Y Bretón de los Herreros enseñó a su amigo un artículo de crítica teatral firmado por el chico de su amigo, que a la sazón no pasaba de diez y seis años, y terminaba su trabajo crítico diciendo: «Aconsejamos al señor Bretón de los Herreros», etcétera.

Juanito era aún más dichoso que Gumersindo con que le permitiéramos hombrearse con nosotros porque eso de llenarse la boca entre sus condiscípulos de la Universidad o en las redacciones de los periódicos, adonde se colaba aunque fuera por el ojo de la cerradura, diciendo: «Mi amigo Fulano» «Mi amigo Mengano» refiriéndose a alguno de la colonia, y con preferencia a los que habían visto representar una de sus comedias o zarzuelas, o les habían publicado un libro, o habían recibido un puñado de duros por un cuadro, eso era para él la suprema felicidad y el supremo orgullo.

Cualquier encargo que recibiese de nosotros le hacía, como suele decirse, de cabeza; no tanto porque naturalmente era servicial y bondadoso, como porque se creía soberanamente honrado con que se supiese que merecía nuestra confianza.

El padre de Juanito era uno de los hombres más notables de España. Querido y respetado de todos, naturalmente lo era más de su familia y parientes, entre los que había no pocos que debían a su protección los

puestos que ocupaban en la administración del Estado. Juanito era el niño mimado de la casa, o mejor dicho, de la parentela, por la principal y sencilla razón de que lo era de su padre.

Don Nicolás, uno de los tíos de Juanito y jefe de negociado en la Dirección General de Instrucción pública, cuyo destino debía, no tanto a sus indudables merecimientos como a la protección de su cuñado, era hombre de genio vivo y carácter áspero, pero se guardaba muy bien de responder con un sofión a las impertinencias de su sobrino, porque sabía que ofender a éste era ofender donde más le dolía a su cuñado, que estaba chocho con el chico.

Ya he dicho que Luis era uno de los jóvenes que más honraban a la colonia. Ésta había fundado en él sus más legítimas esperanzas; y no se había equivocado, porque la representación de la primera comedia de Luis había dado al autor un puesto envidiable entre los dramáticos españoles.

Luis estaba una mañana trabajando en su casa cuando se le presentó Gumersindo.

Luis recibió al muchacho con el cariño y la amistosa expansión con que todos los colonos le recibíamos siempre, y le hizo sentar a su lado.

—Don Luis —le dijo Gumersindo—, yo vengo a pedirle a usted, o más bien a exigirle un favor tan grande, que quizá dependan de él mi porvenir y el de mi familia.

—Ya sabes, querido Gumersindo —le contestó Luis—, que puedes contar con él si está en mi mano el hacértele.

—En el Instituto de Vergara se va a proveer una plaza de ayudante, para la que tengo títulos literarios suficientes. Si se proveyese en mí, sería yo feliz y lo sería mi familia, porque me permitiría terminar, sin gravamen de nadie, los estudios que necesito para ingresar en uno de los Cuerpos facultativos del Estado. He solicitado esa plaza, pero para conseguirla necesito una buena recomendación, y no tengo más que la que usted puede proporcionarme.

—Pues, amigo Gumersindo, haz cuenta que no tienes ninguna, porque yo no conozco a nadie que pueda apoyar tu pretensión.

—Debo recordar a usted, querido don Luis, que don Nicolás, el tío de Juanito, es el jefe del negociado, y usted, que entre todos los colonos es el más respetado, pudiera encargar a Juanito que hablase a su tío.

—Se lo encargaré inmediatamente, pero será inútil, porque su tío le recibirá con mucho mimo, y no te dará la plaza.

Gumersindo calló, desconsolado con la pérdida de su única esperanza, y Luis calló también, meditando y buscando en su fecunda imaginación y en su corazón, más fecundo aún para el bien, algún medio verdaderamente eficaz de favorecer al pobre Gumersindo.

De repente se animó la fisonomía de Luis, que exclamó, estrechando la mano de Gumersindo:

—No te desanimes, que estoy ya casi seguro de que será para ti la plaza que has solicitado.

—¿Por qué medio, don Luis? —preguntó Gumersindo lleno de alegría.

—Por medio de ingenio.

—¡Bien sabía yo que el de usted era grande!

—No se trata del mío. Al tuyo deberás la plaza que solicitas.

—¿Cómo, don Luis?

—En su día lo sabrás. Ahora, lo único que debes saber es que inmediatamente debes ir a decir a Juanito que haga el favor de venir a verme lo más pronto posible.

—Voy a la Universidad, allí le veré, le diré que venga, y vendrá después de clase.

Gumersindo se fue, y Luis quedó pensando que no hay cuento, por malo que sea, que no sirva para algo bueno, pues a uno de los menos ingeniosos, aunque no de los menos oportunos, debía él el medio de favorecer al que le había contado. Habiendo contado yo más de ciento,

¡figúrense ustedes si me habrán salido favorecedores, y, por tanto, si estaré medrado!



Juanito se presentó después de mediodía en el despacho de Luis.

Dióle éste un cigarro, pues ya sabía que Juanito estimaba en mucho este obsequio, no tanto por lo que el cigarro valía como por poder decir entre sus condiscípulos: «¡Señores, para cigarro bueno, el que me ha dado hoy mi amigo Luis!»

—Oye, Juanito: te he llamado porque me vas a hacer un favor.

—Con muchísimo gusto, don Luis.

(Juanito sólo suprimía el don cuando Luis no estaba presente.)

—Vas a ver ahora mismo a tu tío don Nicolás, y le vas a decir que tienes gran interés en que se dé a Gumersindo una plaza de ayudante en el Instituto de Vergara, que ha solicitado. Si te contesta que se le dará, vienes inmediatamente a decírmelo, y si no, te estás allí lo menos una hora dando conversación a tu tío, de quien te despides hasta mañana.

—Está muy bien, don Luis —contestó Juanito.

Y echó a correr hacia el ministerio de Fomento, chupando su cigarro. Poco más de una hora después volvió a casa de Luis.

—¿Qué te dijo tu tío?

—Me dijo que era imposible dar a Gumersindo la plaza, porque la solicitan otros que tienen grandes recomendaciones.

—Bien. ¿Y qué hiciste después que te dijo eso?

—Nada, lo que usted me mandó: estarme en el despacho más de una hora dando conversación a mi tío, aunque mi tío me decía que estaba muy ocupado...

—Perfectamente, Juanito. Mañana, a la misma hora, vuelves, preguntas a tu tío qué hay de la plaza, y si no te dice que es para Gumersindo, te estás allí otra hora dándole conversación, te despides con un «Hasta mañana», y vienes a decirme lo que ha habido.

—Pierda usted cuidado, don Luis, que así lo haré.

A la tarde siguiente volvió Juanito a casa de Luis, y éste le preguntó.

—¿Has visto a tu tío?

—Sí, señor.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha dicho: «Pero, hijo, ¿por qué te has molestado en venir, si te dije ayer que era imposible complacerte?»

—¿Y qué has hecho después?

—Nada, lo que usted me mandó: estarme allí dando conversación a mi tío.

—¿Y tu tío estaba muy contento con que se la diceses?

—¡Qué sé yo qué le diga a usted, don Luis! Se movía en su asiento como si tuviera hormiguillo, y todo era decir que estaba muy ocupado.

—¡Bien, hombre, bien! Mañana vuelves a verle, le preguntas qué hay de la plaza, y si te dice lo mismo, te estás allí también dándole conversación, y pasada una hora, te despides con un «Hasta mañana», y vienes a decirme lo que ha ocurrido.

—Pues hasta mañana, don Luis.

—Hasta mañana, Juanito.

La tarde siguiente entró Juanito muy alegre en el despacho de Luis.

—¿Qué hay, amigo Juanito?—le preguntó Luis dándole un cigarro, que aumentó la alegría del aprendicillo de escritor.

—Pues nada, don Luis; llegué y le pregunté a mi tío qué había de la plaza, y me contestó muy incomodado: «¡Hijo, qué molino eres! ¿No te he dicho y

redicho que no se le puede dar a ese joven, porque hasta amigas íntimas del señor ministro la han pedido para otro de los que la han solicitado?»

—¿Y qué hiciste en vista de esa contestación?

—Nada, me puse a darle conversación a mi tío, aunque se movía en su asiento con tan mal humor, que parecía que le estaban pinchando, y así que pasó, la hora, le dije: «Adiós, tío, hasta mañana, que volveré a ver si hay algo».

Entonces mi tío dio un puñetazo en la mesa muy enfadado y me dijo: «Sí, hijo, vuelve mañana y te llevarás la credencial que voy a extender ahora mismo para presentarla hoy a la firma».

—¡Venga un abrazo, amigo Juanito —exclamó Luis—, que te has portado como un hombre!

Y no pudiendo regalar a Juanito una caja de cigarros habanos, porque no la tenía, y aunque la hubiera tenido no se la hubiera regalado, porque el pulmón de Juanito no estaba aún para purear, le regaló una cajetilla de pitillos de esos que saben a rejalgar de lo fino.

Juanito salió a escape por esas calles de Dios en busca de condiscípulos suyos a quienes dar a probar los cigarros que le había regalado su amigo Luis.

IV

Gumersindo recibió llorando de agradecimiento y alegría la credencial que le entregó Luis.

—¡Gracias, don Luis, Gracias! —exclamó queriendo besar la mano de su protector, que la retiró y le dijo abrazándole:

—Dáselas al recuerdo de tu cuento de los Exorcizadores. Lo que ha pasado, todo es consecuencia de tu cuento.

Gumersindo salió para Vergara.

Pasaron años. Los colonos nos fuimos dispersando, sentándonos unos en los escaños del Congreso y otros en las poltronas ministeriales, otros en las Academias, otros en el templo de la gloria literaria o artística, y otro, que era yo, en el apartado y humilde hogar de la casa nativa, en los valles de Vizcaya, y no volvimos a saber de Gumersindo.

Sin embargo, Luis y Diego, otro de los colonos, inseparable amigo de Luis, habían sabido de él hacía años.

Una tarde, hacia el de 1858, estaban sentados en una alameda del Puerto de Santa María, y vieron que dos capitanes de Infantería de Marina se paraban junto a ellos, contemplándolos con mucha atención. Uno de los capitanes se decidió a pronunciar el ya ilustre apellido de Luis, y como éste le contestase, el capitán abrió los brazos y estrechó en ellos a Luis y a Diego, lleno de alegría.

—No tenemos el gusto de conocerle a usted —le dijo Luis.

—Yo sí les conozco a ustedes. ¡Y cómo no, don Luis, si a usted debo todo lo que soy, todo lo que espero y toda la felicidad que he proporcionado y espero proporcionar a mi familia! Yo soy Gumersindo.

Es inútil decir el gozo que Luis y Diego experimentaron con este inesperado encuentro.

Gumersindo les dijo que ya sabía que estaban en aquel país, porque se lo había dicho su amigo y compañero el otro capitán, que lo sabía por ser de Sanlúcar de Barrameda, compatriota de Luis y primogénito del marqués de Espínola.

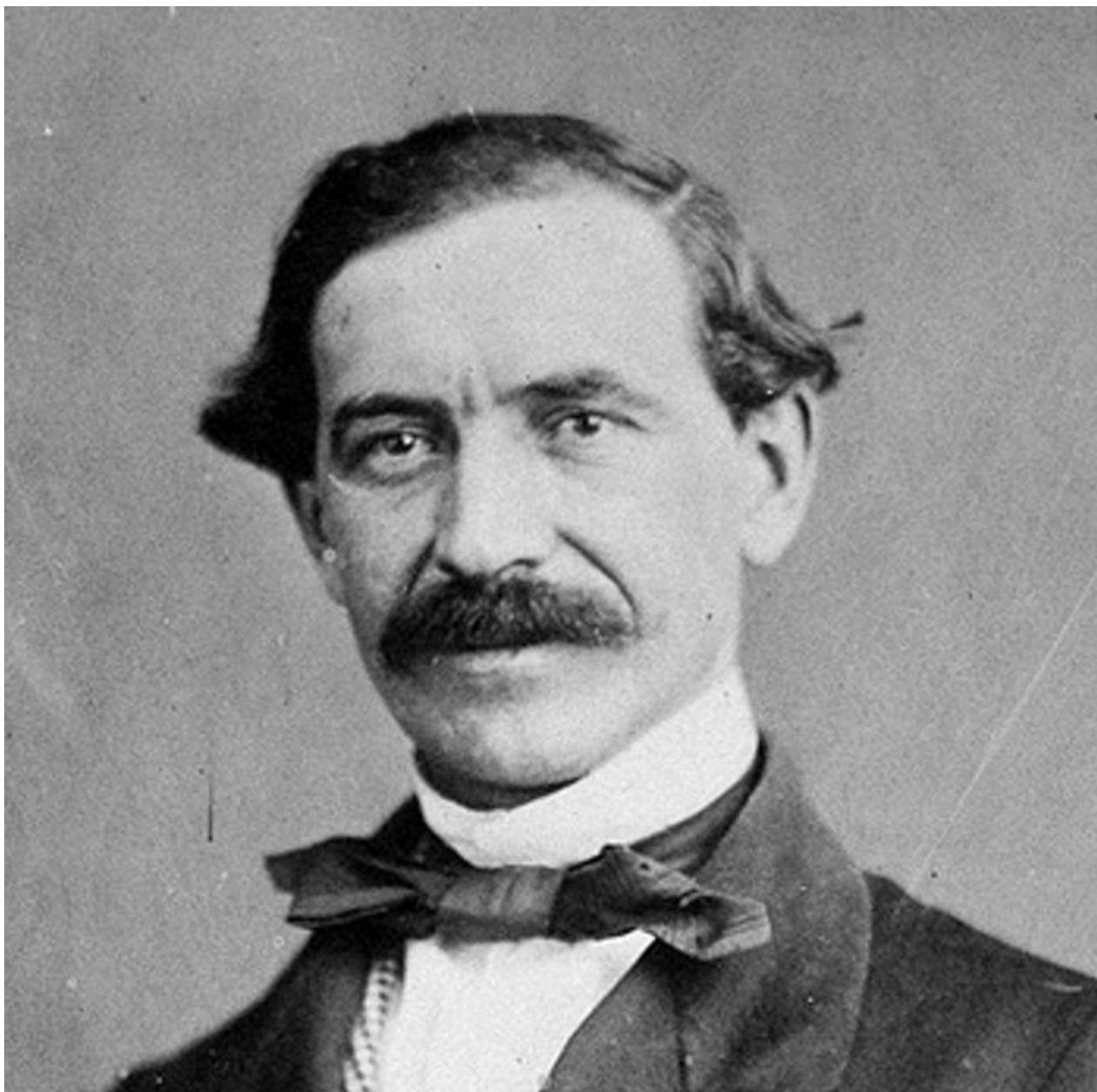
Militares y paisanos pasaron la tarde juntos y se separaron para no volverse a ver.

A mediados del año 1874, Luis estaba enfermo, y Diego y yo pasábamos las primeras horas de la noche junto a su lecho. Conversábamos y hasta leíamos los periódicos de la noche, porque el mal de Luis, aunque grave, no le impedía la conversación ni la lectura. Muchas veces nos habíamos acordado de Gumersindo, y Luis y Diego me habían contado su encuentro con él y el hijo del marqués de Espínola en el Puerto de Santa María; pero lo único que habían vuelto a saber de ellos era que juntos habían peleado como leones en la guerra de Santo Domingo, y en la batalla de Monte Cristi había muerto Espínola al lado de Gumersindo.

Una noche leíamos La Correspondencia de España, y encontramos en ella la triste e inesperada noticia de que el bravo coronel de infantería de Marina don Gumersindo Boronat había fallecido regresando de Filipinas a España.

Los tres rezamos y lloramos por Gumersindo, y pocos días después Diego y yo rezamos y lloramos por Luis, que acababa de morir en nuestros brazos; y mientras no se maldiga en España el culto de las letras, como se ha empezado a maldecir el culto de Dios, será reverenciado en el catálogo de los españoles ilustres (aunque la Academia Española de la Lengua le haya dejado morir sin llamarle a su seno) con el nombre de don Luis de Eguílaz.

Antonio de Trueba



Antonio de Trueba y de la Quintana (Galdames, 24 de diciembre de 1819-Bilbao, 10 de marzo de 1889) fue un escritor español, conocido también como «Antón el de los Cantares».

Nació en la localidad vizcaína de Galdames el 24 de diciembre de 1819 y su nombre completo era Antonio María de Trueba y de la Quintana. Hijo de campesinos muy pobres, su vocación literaria se despertó con los romances de ciego que le traía su padre cuando venía de visitar una feria. Tuvo que abandonar pronto la escuela para trabajar la tierra y el mineral

de las minas de Las Encartaciones, su lugar natal. Cuando contaba quince años (1834) marchó a Madrid para evitar la primera Guerra Carlista; allí se empleó en la ferretería de un tío suyo y robó tiempo al sueño instruyéndose de forma autodidacta y leyendo autores románticos españoles.